

ABC

Muere John H. Elliott, el hispanista que devolvió a España una historia sin complejos

El Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales ha muerto a los 91 años tras una vida dedicada a combatir la Leyenda Negra



César Cervera 10/03/2022

Muere John H. Elliott, el historiador que devolvió a España un pasado sin complejos ni tópicos. **El Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales** en 1996 ha muerto a los 91 años tras estar varias semanas ingresado en un hospital de Londres. El británico dedicó su carrera historiográfica al estudio de la España imperial desde una visión desmitificadora y encabezó a una generación de hispanistas que contextualizó desde la década de los años sesenta la historia ibérica lejos de los postulados de **la Leyenda Negra**.

Una historia de amor con España

[John Huxtable Elliott](#) (23 de junio de 1930, Reading, Reino Unido) aprovechó unas largas vacaciones de verano en 1950 para viajar a España con unos amigos subido a una furgoneta destartalada. El primer encuentro de este estudiante de Cambridge con España le

causó una honda impresión al contemplar en el Museo del Prado el retrato del Conde-Duque de Olivares y, sobre todo, charlando con sus gentes.

«Lo que más me sorprendió fue la enorme dignidad y generosidad de unas personas que vivían en condiciones bastante lamentables, sobre todo en el sur. Fue mi primer contacto con la pobreza extrema», rememoraría años después. Durmió en pensiones de mala muerte y gracias a la comida que la gente le regalaba, un gesto que nunca olvidó el autor de algunas de las obras de Historia más importantes del siglo XX español.



Geoffrey Parker, John Elliott y Rich Kagan, en Madrid. - Ernesto Agudo

A su regreso a la universidad, las pinceladas de los grandes maestros de la pintura española le hicieron repensar su futuro académico y cambiar los estudios en **Filología por los de Historia**. Se doctora en esta carrera en 1952 y fue catedrático de Historia en el King's College de Londres entre 1968 y 1973. Fue, además, catedrático en Princeton desde 1973 hasta 1990, y **Regius Professor de Historia Moderna de Oxford** entre 1990 y 1997.

Sus estudios se centraron originalmente en la Rebelión catalana de 1640 y posteriormente en la figura del [Conde-Duque Olivares](#), valido del Rey Felipe IV, para lo cual tuvo que enfrentarse a las dificultades de unos archivos indómitos y a la falta de interés nacional y extranjero en ese periodo. «El trabajo en los archivos españoles era difícil, con la catalogación muy primitiva y sin saber lo que podías encontrarte. Era tierra virgen ante nosotros. Tuvimos una oportunidad única de movernos y buscar descubrimientos», recordaba Elliott a ABC en una llamada telefónica a principios de enero con motivo del fallecimiento de su colega Jonathan Brown.

«Ojalá siga vivo para entonces, porque me gustaría mucho estar presente en la inauguración, en la culminación de una campaña de tantos y tantos años de mi vida»

Bajo el consejo de su mentor en España, **Jaume Vicens Vives**, el hispanista logró no perderse en su primer desembarco en Barcelona entre la escasez de medios, la censura y los numerosos problemas que minaban la investigación en España. Elliott evitó publicar sus primeros artículos de **la Rebelión catalana en castellano** y sufrió en sus carnes la censura franquista durante una intervención en un programa de Radio Barcelona. El británico hizo un chiste irónico sobre el dudoso placer producido por la lectura del Quijote en traducción inglesa que sería eliminado de la versión final.

Líder simbólico de una generación única

El británico fue un miembro destacado y líder simbólico de la generación de hispanistas que, a lo largo del siglo XX, realizó una revisión profunda y crítica, sin mitos ni vicios nacionales, de la Historia de España. Nombres como [Henry Kamen](#), Joseph Pérez, Geoffrey Parker, Stanley Payne, Paul Preston, Hugh Thomas, Ian Gibson, Raymond Carr han demostrado a la estela de John Elliott que la historia de España es muy parecida a la del resto de Europa y que no supone, como reincide la Leyenda Negra, una anomalía o una excepción negativa.



Jonathan Brown y Elliott en el año 2002.

«Persiste la Leyenda Negra especialmente en la esfera angloamericana. Con cualquier cosa que pasa en España se recupera con demasiada facilidad esta imagen negativa creada primero por los holandeses y luego por la historiografía británica en el siglo XIX. Tengo amigos españoles que me han contado las dificultades que han vivido, por ejemplo, cuando se han ido a trabajar a universidades estadounidenses. Tiene que ver con un problema de los estadounidenses a la hora de adaptarse a **las reclamaciones de la población hispanoamericana**», recordaba el historiador en una entrevista a ABC hace justo un año a sabiendas del largo camino que aún queda por recorrer.

En 1993, Elliott recibió por su larga obra **el Premio Nebrija de la Universidad de Salamanca** por la calidad de sus monografías, más tarde recibió el Premio Príncipe de Asturias en 1996 por su contribución a las ciencias sociales, el Premio Balzan en 1999 por su contribución a la historia de España y el Imperio español en la Edad Moderna, y en 2018 recibió el Premio Órdenes Españolas.

Junto [al Conde-Duque de Olivares](#) y el propio Felipe IV, la gran obsesión historiográfica de Elliott fue la de conseguir **la rehabilitación del Salón de Reinos** del Buen Retiro, un anhelo que compartía con Jonathan Brown, también fallecido recientemente: «Ojalá siga vivo para entonces, porque me gustaría mucho estar presente en la inauguración, en la culminación de una campaña de tantos y tantos años de mi vida. Es una historia de descubrimiento tras el abandono», aseguraba el hispanista John Elliott en la última entrevista a ABC.

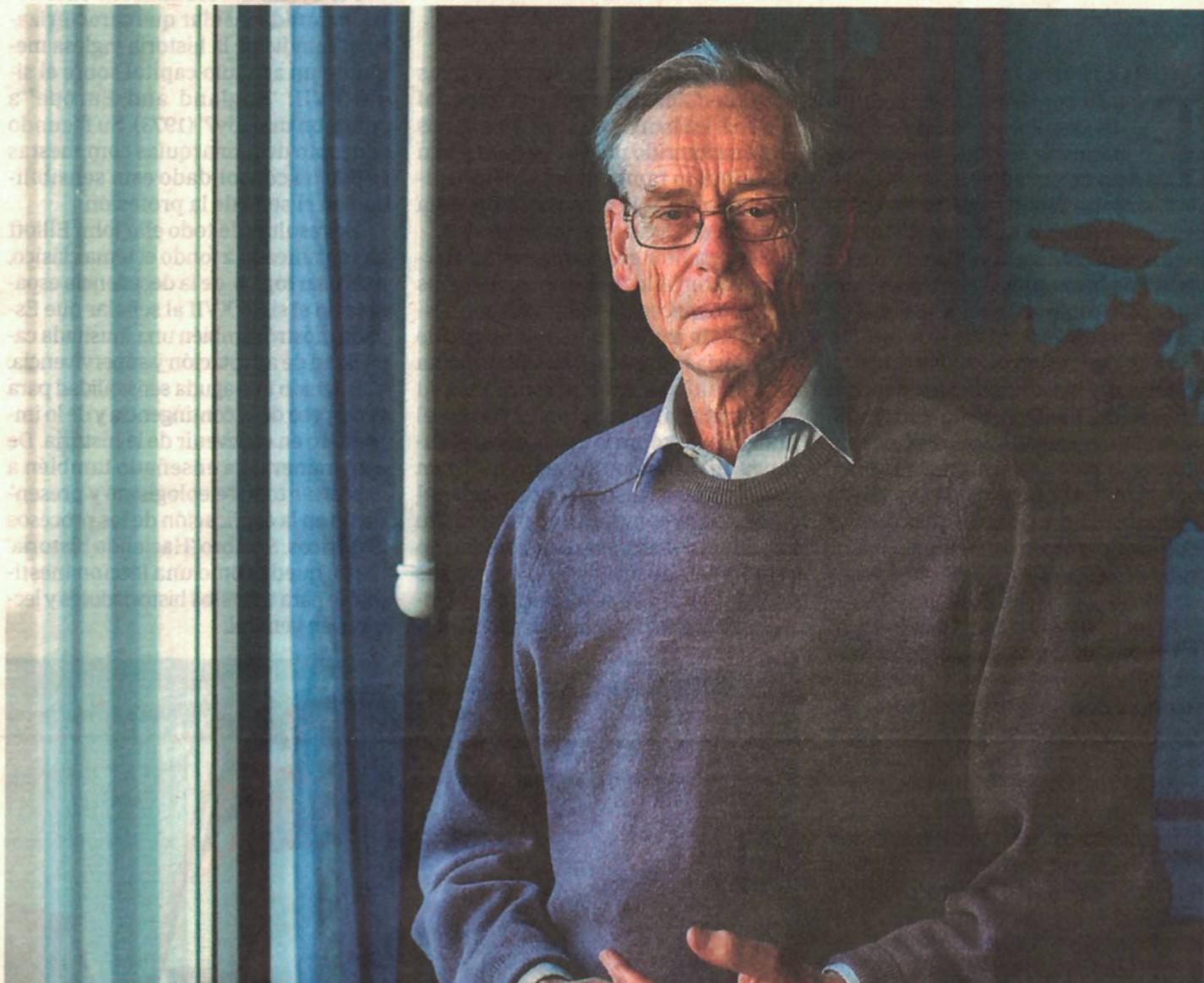
Muere el hispanista John Elliott, amigo de España y de los españoles

► El historiador británico falleció ayer, a los 91 años, tras estar varias semanas ingresado en un hospital de Londres

MANUEL LUCENA GIRALDO

Como nos temíamos hace tiempo, nuestro querido maestro John H. Elliott ha cruzado la última frontera de este mundo. Ahora me pregunto, desde una tristeza sin consuelo posible, qué hubiera querido leer en ABC, un periódico en el que dejó tantas contribuciones y opiniones, en el que siempre estuvo dispuesto a colaborar, hasta el último día de su larga vida. Sabía que sus lectores le apreciaban y, de muchas maneras, más allá del hispanismo banal y oportunista de trazo grueso y tradición romántica, estos habían entendido desde su obra pionera 'La España imperial' (1963) que su proyecto intelectual y personal era distinto.

Creo fundamental, nunca dejó de recordarlo, el modo en que su fascinación por España nació durante su visita al Museo del Prado en 1950, en el transcurso de un viaje de estudios en el que 'descubrió' a Velázquez. También fue determinante, siempre lo subrayó, la humanidad que encontró, lo que describió como la «dignidad en la



pobreza» de los españoles de entonces. Su amor por nuestra patria no fue una vivencia intelectual, sino el resultado de una experiencia, una opción afectiva que encarriló su carrera como historiador.



John Elliott, en una visita a Madrid en 2013 // IGNACIO GIL

La leyenda negra

Aunque tardó tiempo en llevar a la imprenta sus obras maestras, una por década al menos, entre las cuales destacan por diversos motivos 'La rebelión de los catalanes' (1963), 'El Viejo y el Nuevo Mundo' (1970), 'El conde-duque de Olivares' (1986), 'Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América' (2006) y 'Catalanes y escoceses. Unión y discordia' (2018), un libro en el que defendió la unidad de España y deshizo las supercherías inventadas por los separatistas catalanes (que desde entonces lo pusieron en su lista negra), creo que sus motivaciones profundas fueron siempre las mismas.

En primer y destacado lugar, la lucha contra el excepcionalismo en la interpretación de la historia de España. La leyenda negra, para él, carecía de sentido histórico. Por eso, estudió su fabricación y difusión impresa. En los tiempos -años sesenta, para echarse a temblar- en los cuales lo 'progresista' era contar que español era el que

no podía ser otra cosa, o disparates similares, fundó una escuela que representó en el ámbito de la Historia moderna lo mismo que, para el periodo de Historia contemporánea, implicó el trabajo del formidable Raymond Carr en Oxford. España era una nación europea como las demás. Ni más, ni menos. Lo que correspondía a los historiadores, vinieran de donde vinieran, era dejar de repetir 'verdades cansadas' y estudiar su emocionante trayectoria histórica global sin complejos ni puntos de partida apriorísticos. Era preciso usar el método de la historia comparada, señalaba a sus alumnos, para ver qué era similar, qué diferente y reconocer las causas para ofrecer nuevas interpretaciones.

En esta línea, creo que uno de sus mejores libros es la biografía simultánea de Richelieu y Olivares, poderosos en Francia y España en la era de los validos, condenados no a entenderse, era imposible, pero sí a mirarse y a vivir obsesionados el uno con el

otro. Repetía, con una suavidad que no admitía réplica: «Hay que cuidar la narrativa». Aunque tuvo la actitud y obsesión por su obra de 'un escritor profesional' (¿y qué es si no un historiador?), reiteraba «la importancia de cuidar la escritura». Esta poseía, explicaba en clase, la magia de acercarnos a los grandes públicos de la historia. Era la herramienta de un historiador, lo acercaba a la complejidad humana. Cuanto mejor escritor era un historiador, concluía, tenía mayor capacidad para descifrar los conflictos del pasado.

Tan fértiles inclinaciones le condujeron a la historia atlántica, que cuenta el devenir americano, europeo y afri-

Elliott defendió la unidad de España y deshizo las supercherías inventadas por los separatistas catalanes

cano al modo de una estructura conectada, y más tarde a la historia comparada de los imperios. Después de 'Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América', en el que se aventuró a contar con luces y sombras la expansión ultramarina de ambas monarquías, se hallaba trabajando, me contó la última vez que nos vimos, en una historia comparada de los imperios español y portugués. Lo que se encuentre en su escritorio de Iffley, al sur de Oxford, donde residía junto a su querida esposa, Oonah, en una vieja casa restaurada llena de libros y cuadros maravillosos, seguro que se hallará en perfecto orden. Su letra pequeña requerirá, sin embargo, de una lectura minuciosa. Hace dos décadas, en una entrevista para este periódico, le pregunté, quién lo iba a decir, cómo le gustaría ser recordado. Me respondió, tras pensarlo unos segundos: «Soy una persona que ha intentado comprender». Descansa en paz, inolvidable, generoso John.

En la muerte de John Elliott

Horizontes amplios, mirada comparativa, generosidad intelectual

XAVIER GIL PUJOL

En su conferencia de clausura del gran congreso sobre el hispanismo anglonorteamericano celebrado en Córdoba en 1997, sir John Elliott registró los grandes avances que la historiografía española había realizado y afirmó que, en virtud de los mismos, el hispanismo, entendido como aportación especial de los historiadores extranjeros que suplía algunas carencias en los estudios históricos y literarios locales, era cosa del pasado. Semejante juicio no sólo ofrecía un balance autorizado del panorama historiográfico sino que, además, significaba otra manifestación de la amabilidad y generosidad que sir John siempre mostró y ha seguido mostrando hasta el final hacia sus colegas españoles y también portugueses.

El hispanismo clásico ayudó en su momento, en efecto, a situar la historia y la cultura españolas en un horizonte analítico más amplio y en su contexto europeo, y a ello añadió una creciente exigencia comparativa. El corolario fue que las visiones en términos excepcionalistas (triumfalistas o victimistas) quedaron desacreditadas y sustituidas por una apreciación ajustada de las que en realidad habían sido facetas locales de fenómenos más amplios. En estas tareas John Elliott ha descollado mediante una labor continua y el aliento que

Jonathan Brown, fallecido hace unas pocas semanas) o la gestión imperial en América han hecho que tales temas hayan adquirido nuevos perfiles y han contribuido también, en consecuencia, a modificar la gran narrativa de la historia de Occidente en esa época.

Si su mentor en Cambridge, sir Herbert Butterfield, había desvelado los supuestos excepcionalistas en que descansaba la explicación dominante de la historia británica, John Elliott se ha distinguido en este terreno. Tras su temprana intervención (1961) en el gran debate sobre la crisis general europea de mediados del siglo XVII, con la que situó el caso catalán y español en el marco comparativo fomentado por aquel debate, esta sensibilidad no sólo ha estado presente en todos sus trabajos sino que se ha hecho explícita en los prefacios a las sucesivas edi-

ciones en catalán y en castellano de 'The revolt of the Catalans' (1963), en su lección magistral como Regius Professor de Oxford (1991) y en títulos tan elocuentes como 'Richelieu y Olivares' (1984), 'Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América' (2006) y 'Catalanes y escoceses' (2018).

Pero John Elliott también cuestionó la mirada insular que caracterizaba al estudio de la historia inglesa mediante un artículo capital sobre el siglo XVII: 'England and Europe: a common malady?' (1973). Su fecundo concepto de monarquías compuestas (1992) ha consolidado esta sensibilidad en el seno de la profesión.

De resultados de todo ello John Elliott ha replanteado a fondo el tema clásico, más bien tópico, de la decadencia española en el siglo XVII al señalar que España mostró también una inusitada capacidad de adaptación y supervivencia. Y ha tenido una aguda sensibilidad para ver el peso de la contingencia y de lo imprevisto en el devenir de la historia. De esta manera, ha enseñado también a descartar todo teleologismo y presentismo en la explicación de los procesos históricos. Su libro 'Haciendo historia' (2013) queda como una lección inestimable para todos los historiadores y lectores en general.

Entre Olivares y el Palacio de Felipe IV: las obsesiones que persiguieron hasta el final al hispanista

CÉSAR CERVERA MADRID

John H. Elliott vinculó su vida y su obra con el Siglo de Oro español en unos años donde este periodo recibía escasa atención y se imaginaba uno de los momentos más oscuros de una historia ya de por sí tenebrosa. Desde los años sesenta, el británico supo quitar telarañas y tópicos a la España imperial aprovechando las oportunidades que ofrecían unos archivos casi salvajes. «Era tierra virgen ante nosotros. Tuvimos una oportunidad única de buscar descubrimientos», recordaba el historiador a principios de este año con motivo de la muerte de su «querido y admirado colega» Jonathan Brown.

Su punto de partida hacia la historia de España fue la revuelta de los catalanes de mediados del siglo XVII, a su vez puerta de entrada para la corte de Felipe IV y para el desaparecido palacio que este Rey levantó en lo que hoy es el Retiro. Junto a Brown, Elliott publicó en 1980 'Un palacio para un rey', un estudio histórico y artístico sobre este edificio que ambos abogaban por «evocar». Desde la publicación del libro, iniciaron una quijotesca campaña mediática y política para conseguir la rehabilitación del Salón de Reinos, que, por desgracia, ninguno ha podido ver realizada. «Ojalá siga vivo para entonces, porque me gustaría mucho estar presente en la culminación de



no ha dejado de infundir.

El término 'hispanista' no le satisfacía y en realidad John Elliott ha sido un estudioso excepcional de la historia europea y de la americana durante la Edad Moderna, vistas siempre de modo articulado, sobre todo desde la atalaya española e ibérica. Así, sus célebres trabajos sobre la rebelión catalana de 1640, el valimiento de Olivares, la corte de los Austrias y el palacio del Buen Retiro (en coautoría con



Jonathan Brown y John Elliott // GONZALO CRUZ

estar presente en la culminación de una campaña de tantos años de mi vida», aseguraba el hispanista John Elliott en la última entrevista a ABC.

Más allá del palacio, el foco indiscutible de su carrera fue la figura del Conde-Duque de Olivares, cuya personalidad el británico se pasó cincuenta años desentrañando: «He pasado décadas intentando meterme en los zapatos de Olivares, lo cual es muy difícil. Siempre he sentido que me faltaba algo», reconocía.

Honrar a John H. Elliott

ANÁLISIS

JUAN PABLO FUSI



Además de lo que pueda significar -una enormidad, sin duda- para su entorno familiar y más cercano, la muerte de John Elliott es una tragedia historiográfica. Su irrupción historiográfica (1963, dos libros: 'La España Imperial', 'La revuelta de los catalanes') fue especialmente brillante (como José M^a Jover Zamora, por

ejemplo, estimó de inmediato: en 1966 nos propuso ya como piezas básicas de su curso de Historia Moderna de España en la Complutense la lectura, que algunos hicimos cabalmente, de 'La España Imperial', el 'Mediterráneo' de Braudel y 'Erasmus' en España de Bataillon). La obra de Elliott (los dos libros citados, y luego 'Richelieu y Olivares', 'El Conde Duque de Olivares' 'Los Imperios del Mundo Atlántico: Gran Bretaña y España en América...') fue sencillamente admirable, y el 'Conde Duque de Olivares', además, en grado superlativo. Fue una fortuna

para España que Elliott hiciera de la España Imperial el objeto central de su visión como historiador. Con Domínguez Ortiz, a quien, como a Vicens Vives, admiró profundamente, recuperó la España de Felipe III y Felipe IV, erróneamente asociada durante mucho tiempo a decadencia y fracaso. O, en otras palabras, Elliott puso la España de los siglos XVI y XVII -el país en esos dos siglos más interesante de Europa- donde en realidad estuvo en dicho periodo: en el centro mismo de la Historia universal.

Honremos, pues, a John Elliott, un ejemplo modélico de inteligencia profesional y de afabilidad y cortesía personales (que son, no se olvide, formas selectas de moral). Honrémos-

le como se honra a un historiador: leyéndole, debatiendo sus temas, conociendo y citando sus tesis, profundizando en su pensamiento y en su visión de la historia. La España de Elliott es un tema tan capital al conocimiento como lo son, entre otros muchos, los orígenes del hombre, Grecia y Roma, el cristianismo medieval, la civilización del Renacimiento en Italia o el pensamiento ilustrado. Honrar a Elliott es conocer la historia española en su plenitud: sin la España de 1500-1700, no se entiende ni Europa ni América, ni el mundo atlántico (ni el Pacífico) ni el mundo moderno.

JUAN PABLO FUSI ES HISTORIADOR